

## II

**Una taberna en Montmartre**

Saliendo del Molino se sube una cuesta para llegar á la plaza de Montmartre.

Allí está situada la casa de comidas más próxima á nuestra morada, y cuando llueve ó hay niebla y hace frío y no queremos ir lejos, nos dirigimos allí para comer.

Esta plaza de Montmartre es desierta como un campo segado ; pequeña como un patio grande ; desigual en su estructura y rodeada de casas bajas con tejados de pizarra, que se inclinan formando una gran pendiente, para descargar la nieve que cae sobre sus espaldas húmedas. Cinco árboles viven allí descuidados, con el tronco teñido de ceniciento color ; el terreno está cruzado por los baches que la lluvia forma caprichosamente ; y algunos asientos de piedra, colocados allí puramente como adorno, desde el primer imperio, ó todo lo más el segundo, sirven para instalar las legumbres que exponen tres ó cuatro vendedoras á los pocos humanos que llegan hasta aquellas alturas desiertas.

—Nadie creería en la cercana vecindad de la inmensa capital en aquella soledad y quietud de pueblo semi-abandonado ; nada hace sospechar que uno se halle en este gran centro moderno, si no fuera por ese rumor vago y extraño que se desprende de las grandes ciudades y que llega aquí como sordo

temblor de lejana tempestad ; nadie, si no fuera por el silbido constante de los trenes que allá á lo lejos se quejan con sus ayes lastimeros, por el humo denso y pesado de las múltiples chimeneas, que sube y se cierne sobre las casas, entristeciendo la atmósfera, y por la luz fantásticamente rojiza con que el cielo refleja la inmensidad de luces que brillan por la noche hasta el confín del horizonte.

Pero lo que imprime más austero recogimiento á esta mezquina plaza y le da más carácter de lóbrego abandono, son los numerosos coches de los muertos que desfilan por aquí para llegar á la iglesia de Montmartre.

En esta altura, donde no suben á pie más que los peregrinos que van al santuario, causa extraña sensación ver pasar los féretros con los coches enlutados y el negro séquito de hombres y mujeres que llegan rendidos de cansancio.

En los cementerios vecinos el duelo se despide, y muchos entran en la casa de comidas donde hemos de entrar nosotros.

¡ Tiene un carácter severo por demás esta casa de comidas ! A la entrada, en un cuadro con marco negro, hay un anuncio con pálidas fotografías de los coches mortuorios, divididos en varias categorías, según el lujo y el adorno desplegado en los caballos, destacándose aquellas fúnebres notas sobre los colores transparentes de los licores que en fila se ven en caprichosas botellas. Unas cortinillas de acartonada transparencia separan la estantería del fondo, y allí en revuelto bodegón hay una muestra de la comida del día (que bien podría ser de cartón por ser la misma todo el año). El nombre

del propietario se destaca en grandes letras, con caracteres de panteón, sobre el cristal de la puerta. Esta se abre, entre dos tiendas ambulantes, en las que una mujer enlutada vende cruces y rosarios, coronas de siemprevivas y lazos con breves dedicatorias.

El interior es pequeño: cuatro mesas de mármol blanco en la antesala; el mostrador, con la mujer colocada como en un trono de rubia cristalería; el depósito de alcohol, de metal bruñido y cincelado; algunas sillas de hierro procedentes de la intemperie, y cuatro platos que dan vuelta por las mesas para volver á la cocina. Más al fondo, más muebles, aunque pocos y mal alumbrados por una pequeñísima ventana que, teñida de verde y mezclado este color con el gris que desciende por un patio reducido, reflejan la tristeza y humedad de las paredes y dejan al local sumido en una luz indefinible.

Pero lo que da más misterio á este interior reducido es una escalera de caracol que se abre para bajar á un fondo desconocido.

Siempre estas escaleras que se hunden hacia el centro de la tierra como una misteriosa trampa, me recuerdan esos cuentos de niños en que los seres encantados vivían como en conserva en lóbregas catacumbas. Estas bocas abiertas en el suelo tienen siempre una cierta vaguedad inexplicable, que me hacen pensar en una mina sin fondo, donde el que entra allí pierde toda esperanza de volver á ver el sol y el paisaje, los campos y toda clase de nubes. A pesar de esto, bajamos y encontramos otra sala donde también se comía, si bien con menos luz, no con menor apetito; y preguntamos á dónde iba á

parar aquella escalera que continuaba bajando, bajando siempre como la más estupenda pesadilla salomónica. Nos contestaron que nadie lo había sabido; que sólo el dueño entraba en ella de vez en cuando, y que desde allí podía ser que por alguna ignorada mina se llegara hasta el Sena á buscar agua, porque á veces se le veía subir con botellas en la mano que tenían trazas de vino.

Sea lo que fuere, en estos sótanos, obscuros, húmedos y sólo adornados con el tubo de una estufa que, atravesando el local, penetra en un espeso muro para llevar calor Dios sabe dónde; adoquinados de trecho en trecho, dejando ciertos lunares donde puede muy bien crecer la hierba; en estos sótanos, estrechos como una tumba, se encuentran á sus anchas las pobres gentes que acuden, que son la flor y nata de los seres que viven de la vida de la muerte.

Comen allí y en la estufa se calientan los cocheros de las sociedades funerarias, con sus holgados sobretodos y sombreros de dos picos (dejando los coches parados á la puerta); los sacristanes de la vecina iglesia comen allí también, y á los postres, sobre la mesa, se reparten las propinas que han recibido en el entierro; los empleados en la administración de honras fúnebres discuten allí sus negocios; y los enterradores se quejan, entre sorbo y sorbo, de los malos tiempos de salud que corremos y de que en el mundo mueran más pobres que ricos, lo cual perjudica en gran manera sus sagrados intereses. Algunos curiosos pintores son los únicos que animan aquellas profundidades: jamás brilla un rostro de mujer allí, ni asoma la cabeza de un niño. Un pobre perro va de mesa en mesa, supli-

cando (con los vaivenes de la cola) que se acuerden de que él también debe vivir, aunque no sea en clase de persona; el vino va subiendo por aquella escalera misteriosa, mientras que por la misma trampa van bajando los platos humeantes para enfriarse en aquellas mesas de mármol y enterrarse en el estómago de aquellos enterradores.

Lo que se come no es malo, dado lo fúnebre de las circunstancias: sardinas con manteca ó caldo para romper el fuego; cebolla en conserva ó en estado de momia; luego carne cocida con patatas en calidad de estofado; rosbif con macarrones; carne, de lo que sea, á la Chateaubriand, con más patatas y queso por punto final, con café el que lo desea, ya que allí no se fuerza la voluntad de los muertos ni los vivos.

A los postres entra todos los días un cantador ambulante, que forma ya parte del ajuar de aquella casa, con la buena intención de amenizar la fiesta; pero no lo logra jamás, ni lo logrará en todos los días de su misera existencia.

Lleva larga cabellera, que le cae en sudados bucles sobre los ojos, pequeños y perdidos allá en el fondo de unos párpados húmedos y despoblados; la cabeza descansa, vamos al decir, porque pocas veces está quieta, sobre un cuello natural color de cera y picado de puntitos encarnados, y destaca de otro cuello de un gabán, que más desdora que abriga; los zapatos, que fueron diferentes el día que cada uno de ellos perteneció á su dueño diferente, vense igualados en sus pies por el barro de París, por su innata y duradera miseria; y el resto de su traje, si más traje queda en su cuerpo, es más

pobre todavía, porque ocultas debajo de estas piezas habrá prendas que no han salido, ni salen, ni saldrán jamás al aire libre, destinadas á la hora de la muerte á seguir al desdichado á su misma sepultura.

Tal es el hombre que ha de distraer á los buenos comensales de la fúnebre taberna con sus alegres canciones, tristes como árbol sin hojas, y toda la indumentaria del pobre cantor aquel se reduce á una colección de pelucas (fabricadas con cabello cuya procedencia podrían conocer algunos de aquellos parroquianos) que va cambiando en su cabeza á cada canción que brota de su enfermiza garganta.

Cuando es alegre la canción, corto es el cabello y abultado de la frente cual peluca de payaso; erizado y derecho, cuando canta la canción de la Roquette y la del condenado á muerte; larga y sedosa para las coplas románticas, y espesa y mal cortada para narrar las miserias de *Belleville*, los crímenes de la *Glacière* ó las tremendas emboscadas del canal de la *Villette*.

Por más cambios que hace y esfuerzos que realiza, nadie le escucha, ni le escuchará jamás; nadie se apercibe de su débil silueta: pasa desapercibido como un ruido y se aleja de allí, dando las gracias, con voz debilitada, á la parroquia y al dueño y señor de la fúnebre taberna de Montmartre.

Es el dueño M. Poncier, hombre prudente y avisado que procura contentar á los parroquianos de arriba, señores que, á pesar de vestir sombrero de copa, por la circunstancia de venir del negocio de los entierros, no pertenecen siempre á las clases aco-

modadas ; pero sobre todo se esmera en tener miramientos, delicados mimos y contemplaciones con los del sótano, por ser parroquianos de todo el año económico, á quienes no arredra el local, ni la humedad, ni la profunda tristeza que sudan aquellas melancólicas paredes.

Cocinero y dueño *en jefe*, siempre tiene una palabra de consuelo para los caballeros negros de arriba y un apretón de manos para la parroquia subterránea ; propietario absoluto del grande establecimiento, no se cree rebajado en servir él mismo la mesa, y con dulzura de palabra pregunta á sus clientes el parecer por cada plato, declinando siempre sus fervientes convicciones culinarias á la menor reclamación de sus negros y consecuentes abonados.

Sabe el buen hombre que aquellas gentes están acostumbradas á callar y á vivir en las grandes soledades, y cuida de debilitar su voz y hablar bajo, en tono tan bajo y con tan apagado acento que, más que palabras, dirige insinuaciones ; su conversación resulta como una letanía suave, pronunciada entre dientes si los tuviera ; como un místico secreto entonado con beatitud de fondista anacoreta, porque nuestro Poncier comprende que los parroquianos de la fonda de Montmartre son hombres que, aunque entre las grandes multitudes, viven muy lejos del mundo y su ruido ; hombres que no respiran el mismo aire que el resto de los mortales, formándose el vacío cerca de ellos y la soledad más grande : la soledad de los muertos ; hombres que se agrupan en aquellos húmedos sótanos porque allí la luz no les molesta ni la vida les sofoca ; hombres que viven sin amar y no gustan del encanto de

la risa, ni del fuego de la palabra, ni de nada que pueda infundir calor á sus fríos corazones de convidados de piedra.

Una sola mujer hemos visto sentada en aquellas mesas, y, más que mujer, era una niña.

La primera vez que la vimos hablaba al oído á un viejo sepulturero.

Su débil silueta hacía tal contraste con la rudeza de aquellos hombres ; sus ojos pálidos, su clara cabellera, destacaba de tal modo sobre aquel fondo negruzco, que nos pareció una débil siempreviva en un sepulcro, un lirio sobre un charco y su presencia allí nos dejó tristes.

Otro día llegó con ellos y llevaba una canasta de flores.

Y lo comprendimos todo.

Aquellas notas blancas, amarillas y violadas, que cuasi iluminaron con su vida aquel antro de comida, despoblaban otra casa más solitaria y más triste ; aquellas flores tan vivas eran hijas de la muerte ; ¡ aquellos como fuegos de colores hermosos eran flores robadas de cementerio ! ¡ Aquellas pobres reliquias iban á ser vendidas en el *Moulin de la Gallette*, en el *Elysée Montmartre* y en otros sitios peores todavía ! ¡ Tenían que morir entre el bullicio, ellas que nacieron entre el supremo reposo ! ¡ Tenían que ir al baile, y bailar una nueva danza macábrica, y tenían que brillar toda la noche, muriendo de cansancio en el seno que no lo era de la muerte !